

Julia se encontraba de pie, en el centro de un lugar sombrío y solitario. Daba igual en qué dirección mirase, a izquierda o derecha, al frente o a su espalda, el lugar resultaba ser una amplia extensión vacía donde la vista se perdía en una oscuridad infinita.

Así con todo, una débil luz, que no podría precisar desde qué ángulo enfocaba, la posibilitaba para percibirse a ella misma y su alrededor más inmediato.

Silencio sepulcral.

Demasiado evidente y por ello incómodo.

Julia empezó a angustiarse sintiendo la soledad de un lugar desconocido que de forma creciente la amedrentaba. Por alguna extraña razón, allí donde se encontraba, las sensaciones físicas de frío-calor, húmedo-seco, carecían de valor. Era como si la temperatura no pudiese registrarse. Sin embargo, y he aquí lo más curioso de todo, por algún perverso capricho del destino, lo registrable o medible tenía más que ver con la emoción que con la sensación. Si, por ejemplo, en medio de aquella carencia de todo lo material, existiese un termómetro, éste no sería sensible a la temperatura, sino que mediría los diferentes parámetros de la emoción: tranquila-nerviosa, confiada-desconfiada, serena-angustiada. En ese extraño paraje, lo único importante a percibir era el estado anímico de Julia. ¡Todo lo demás no importaba!

De repente, un fuerte golpe la asustó como portazo al recién nacido. De forma compulsiva miró a todos lados, sin resultado positivo. El miedo sacudió su cuerpo de rebato, y tuvo la sensación de que alguien o algo se aproximaba peligrosamente.

Tragó saliva intentando digerir el nerviosismo.

«¿Quién o qué me acecha con tanto ahínco que percibo el peligro con intensidad extrema?!»

En medio de aquella umbría, sola e indefensa, comenzó a correr sin rumbo fijo. Su rostro barnizado de espanto y su mirada lacerada daban fe de la angustia que la consumía. En ese momento no estaba segura qué la asustaba más, si quedarse quieta esperando ser atrapada o seguir corriendo sin ver el terreno que pisaban sus pies. La tremenda oscuridad de aquel lugar no hacía más que agravar la sensación de impotencia de Julia.

Bajo continuos parpadeos lanzaba furtivas miradas atrás, pretendiendo ubicar con la vista aquello que la atemorizaba. En algún lugar de su esperanza deseaba que todo fuese un malentendido, un susto producido por la ceguera en la que todos los mortales nacemos: la ignorancia.

Una potente exhalación pareció adelantarla.

La impresión fue terrorífica y la respuesta corporal inmediata...

«¿Qué está pasando?!»

Presa del pánico, intentó acelerar el paso, pero cuanto más se esforzaba, más lento avanzaba. Soltó un grito ahogado.

«¿Qué diantres me pasa?!»

Bajó la mirada y observó sus piernas moviéndose a cámara lenta.

«¿Por qué no puedo correr como yo siempre he corrido?!»

Desesperada, sintió lo inútil de su esfuerzo, y recordó el mito de Sísifo y su trágico final, condenado por toda la eternidad a empujar sin cesar una enorme roca hasta la cima del Monte Hades. El rostro de Sísifo lucía crispado, sus brazos tensos por el esfuerzo, sus manos ensangrentadas y doloridas, sus pies hundidos en el fango y su cara aplastada contra la roca. Al llegar arriba, las fuerzas lo abandonan en una escena infinita, y la roca

se desliza ladera abajo ante la atenta mirada del héroe, desgastado y frustrado, que debe bajar para comenzar otra vez la infructuosa y eterna tarea. El dios Júpiter había pensado, acertadamente, que no hay castigo más terrible que el esfuerzo inútil y sin esperanza. Y así se sentía Julia, acometiendo el inútil esfuerzo de escapar de aquella angustia, impedida por sus piernas pesadas como lastres.

Cada vez lo notaba más cerca y sintió con toda crueldad como el miedo le oprimía el pecho, como tintaba sus pensamientos de oscuro espanto y como el cuerpo entero le temblaba habiendo sucumbido por completo a la zozobra incandescente que derrite la esperanza.

Aquello que la perseguía, quién o qué era no lo sabía, pero ahí estaba, a punto de alcanzarla para desconsuelo de su triste agonía. Terror profundo, ahogo permanente o vértigo extremo.

¡Qué más da como se le llame!

En ese lugar donde los parámetros de la física convencional no sirven para explicar el aspecto más negativo de la emoción, indefensa, desprotegida y terriblemente asustada, Julia se despertó de un sobresalto empapada en sudor...

Todo había sido producto de una espantosa pesadilla. Incorporada sobre la cama, jadeaba aliviada por haber despertado a tiempo. Se pasó una mano por la frente. Sudor frío.

«¡¿Qué o quién me persigue en el sueño?!»

No le fue posible responder. Únicamente reconoció el miedo extremo que le provocaba no sólo ser perseguida, también la angustia de ser alcanzada. Volvió a tumbarse, más relajada. Aspiró profundo y expiró con fuerza. En la oscuridad de su dormitorio reparó en que no era la primera vez que soñaba que era perseguida. Por desgracia era un sueño, o, mejor dicho, una

pesadilla, que la acompañaba desde la infancia turbándole el descanso más veces de las que ella quisiera.

«¡Maldito sueño repetido en el tiempo!»

La parte buena residía en que sólo era eso, un sueño, y como tal, no es capaz de sobrevivir mucho tiempo fuera del estado onírico donde es concebido. Por lo general, al despertar, accedemos al estado de vigilia, donde sueños y pesadillas se debilitan y olvidan de forma vertiginosa, permaneciendo escasos momentos en nuestra retina velante.

Julia se giró sobre sí misma, lanzó el brazo fuera de la cama y accionó el interruptor. El fognazo arrugó sus ojos de forma instintiva. A través de un hilo de luz observó el reloj despertador: 6:25.

«¡Qué curioso! Me he despertado cinco minutos antes de que toque.»

Lo desconectó.

Retranqueante salió de su dormitorio y accedió al baño.

Julia contaba con veinte años: uno sesenta y cinco, piel clara, ojos azules y pelo rubio y rizado. Su constitución era delgada tirando a delgaducha, cosa que lo achacaba a lo activa y nerviosa que era. De pequeñita su madre la llamaba cariñosamente «monillo» por lo mucho que le gustaba trepar por todos lados. Aun así, bien era cierto que en los últimos años sufría de una constante intranquilidad y un permanente nerviosismo. Sufría la displicente sensación de «estar perdida y sin rumbo».

Frente al espejo, hundió las manos en el agua y se despejó la cara. Sin saber por qué, la pesadilla volvió a sus pensamientos. Se detuvo en el recuerdo de la angustia sufrida, preguntándose si sólo se trataba de una película sin sentido que cabalga libre dentro del estado onírico, o, por el contrario, tendría algún significado. Frunció el entrecejo, haciendo memoria. Algo había leído acerca

de un tal Freud y su interpretación de los sueños, aunque todo el mundo lo tachaba de obsceno y pervertido por hacer gravitar sus teorías alrededor de la sexualidad infantil.

«¿Y si tiene razón y los sueños simbolizan algo? En cuyo caso, ¿qué significan?»

Demasiada tribulación para alguien que la mayor parte del tiempo se sentía frustrada por la vida que vivía.

Fugaz se acordó de su tía Rocío. Enseguida supo por qué. Era confesa devota de lo místico y mesiánico, del mundo de los espíritus, las hadas y los sueños... por eso había pensado en ella. Sintió el impulso de contarle el sueño repetido en el tiempo.

«¡Igual ella puede ofrecerme una respuesta! ¡Un momento! ¡Mejor no!»

Declinó la intención reparando en que, de hacerlo, de inmediato querría visitar a la mística Antón para que le echase las cartas o a la espiritual Elena de Alfacar para que mirase su interior, y eso le daba aún más miedo.

Regresó al dormitorio y se vistió.

Momentos después, sentada en la barra de la cocina, sorbía con lentitud un café solo. Necesitaba espabilar y activarse.

«¿Por qué cada vez que tengo esa estúpida pesadilla me levanto agotada y falta de vitalidad? ¡Menuda paradoja! ¿No se supone que dormimos para descansar? Entonces, ¿por qué descansando me canso? ¿Por qué me canso descansando? Ahora cobra todo su sentido aquello de que el orden de los factores no altera el producto.»

Giró la muñeca derecha y observó su reloj. Se trataba de una colección limitada de Hello Kitty que su padre le regaló de niña. Sólo se lo quitaba para bañarse. Las 6:55.

«¡Puff! ¡Y ahora toca trabajar!»